

Ademar Alves

El 7° de la maratón de cuentos BANCO

Todavía me tiembla todo el cuerpo por los efectos de la electricidad. Y me retumba en los oídos la frase de nunca más, nunca más, nunca más... que me repito como disco rayado desde hace por lo menos dos horas.

Es de no creer, si será grande el quiste del vicio de pedir y si tendrá ramificaciones, incluso algunas raíces deben estar incrustadas en órganos vitales; que a pesar de estar escribiendo estas páginas de terapia compartida, dos por tres, hoy concretamente, tropiezo con una raíz del pedir macabro. No me gusta escribir "sobre la caliente". Pero, aunque con manos temblorosas debo enterrar a fondo el bisturí. Como castigo a mi incoherencia.

Ayer me encontré con Mario, un gran amigo. En realidad es amigo de toda la gente. Siempre lo digo (otros también) que además de amigo es nuestro Banco. Siempre nos saca de apuros. Cuando estamos necesitados recurrimos a él. Teniendo siempre nos presta. El día de cobro, religiosamente le pagamos. Tengo por costumbre, el mismo día de cobro hacer toda la recorrida pagando mis cuentas. Aunque llegue sin plata a mi casa. Mi madre me inculcó desde pequeño, el "es preferible tener crédito que plata". Y el crédito se mantiene cuando lo pagamos a su debido tiempo. Ayer estaba apurado de dinero y al encontrarme con Mario le pedí, con la tranquilidad de que siempre le devuelvo. Con la misma confianza saca la billetera y me da lo requerido.

Hoy, hace un par de horas voy a su casa a llevarle unas revistas de computación que necesitaba. En determinado momento su esposa lo llama aparte y le dice -Dame plata para comprar pañales.

El, por lo bajo, (pero igual escuché) le dice -No tengo, vieja, ayer presté los últimos pesos que me quedaba. Sacá fiado en el almacén.

Me cayó como un choque eléctrico en todo el cuerpo. Porque me lo había prestado a mi, justo a mi. En un instante, como un golpe de luz tomo conciencia de la situación. Mario siempre nos presta plata. Nunca nos cobra. Cuando le vamos a pagar él nos dice -si lo necesitás quedate, cuando te endereces arreglamos. Ahora tomo conciencia de su bondad. A Mario no le sobra el dinero.

Su casa es humilde, carece de muchas cosas. ¡Cuántas veces nos habrá dado lo que tenía destinado para otra cosa!.

Además tiene tres hijos. Todos chicos. ¿Y si se enferma alguno?.

¿Y si le pasa algo a él?. ¿Y si el más grande que ya va a la escuela, necesita...?.

Es horrible. Me juré y me juro que nunca más le pido dinero a alguien que tenga hijos chicos.

Ellos, ni uno, nunca sabemos cuando lo puede necesitar.